

7. FASCISMO

RICK WILFORD

El fascismo fue la quimera de un pueblo cohesionado y reunido [...]; emprendió una guerra implacable contra todo [...]; que hizo frente a la diversidad o pluralismo: el liberalismo, la democracia, el parlamentarismo, el sistema multipartidista.

Z. Sternhell, «Fascist ideology», en W. Laqueur (ed.), *Fascism: Reader's Guide*, Harmondsworth, 1979, p. 368.

INTRODUCCIÓN

A diferencia de las ideologías que acabamos de estudiar, suele considerarse al fascismo como una doctrina básicamente distintiva del siglo XX. Trevor Roper, entre otros, expresa dicho enfoque como sigue: «empezó en 1922-1923 [...], maduró en los años treinta [...], murió en 1945»¹. Esta «biografía» acota la doctrina a los regímenes de Hitler y Mussolini y, por tanto, delimita el estudio del fascismo al estudio del fascismo en el poder. Sin embargo, aunque el fascismo floreció en el período de entreguerras, la ideología no se gestó en el siglo XX. El presente capítulo se centra en analizar lo que puede llamarse la prehistoria del fascismo, lo cual hace posible situar la doctrina dentro del contexto de una tradición intelectual europea perfectamente identificable.

Hasta fechas relativamente recientes ha habido un rechazo a un enfoque de esta naturaleza; al fascismo se le ha otorgado poco más que la condición indeseable de ser una desviación patológica. Ahora bien, cada vez es mayor el número de textos que rastrean las aportaciones intelectuales a la doctrina fascista en ideas que afluyeron a lo largo del siglo XIX y cuyas encrucijadas más obvias fueron el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. La aproximación que aquí adoptamos es coherente con esta nueva ortodoxia, aunque la tarea de desentrañar las fuentes de la ideología fascista es una empresa compleja. No hay un solo texto clásico que sirviera de inspiración a Hitler o a Mussolini; más bien sus opiniones acerca del mundo, y las de los líderes de

¹ H. Trevor Roper, «The phenomenon of fascism», en S. Woolf (ed.), *Fascism in Europe*, London, 1981, p. 19.

otros movimientos fascistas europeos, tomaron forma a partir de una amplia variedad de ideas que se sintetizan en totalidades más o menos consistentes.

Los partidos fascistas que surgieron durante el período de entreguerras, primordialmente como doctrina de un nacionalismo agresivo, sufrieron la influencia de diversas historias nacionales, tradiciones, culturas y prejuicios: «detrás de cada nombre se hallan cien formas distintas», como ha señalado un escritor. Aun reconociendo que hubo diferentes variedades de fascismos, lo que aquí se propone es que se puede identificar una idea fascista, definible a escala mundial, centrándonos en su ascendencia y no en las prácticas concretas. La exploración de sus orígenes nos facilitará un marco dentro del cual se pueden comprender las variedades nacionales de la doctrina. Por consiguiente, lo que ofrecemos no es una simple definición, sino, antes bien, un compendio de las principales ideas y tendencias que pueden amoldarse a una ideología fascista perfectamente diferenciada.

ORÍGENES Y DERIVACIONES

Aun tratándose de una empresa azarosa, la tentación de etiquetar los períodos históricos de acuerdo con el clima o ambiente que en ellos prevalecía es una idea seductora. En el mejor de los casos, sucumbir a dicha tentación no es otra cosa que tomar postura acerca de una aproximación razonable; en el peor, es sustituir la metáfora por la explicación. Dicho esto, pero partiendo del más positivo de dichos motivos, se puede calificar el clima intelectual de Europa hacia finales del siglo XIX como un clima agotado. Al igual que los regímenes de Hitler y Mussolini se precipitaron debido a las crisis económicas y políticas, así también la emergente ideología fascista fue uno de los resultados de la conmoción intelectual que se hizo más visible cuando el siglo XIX tocaba a su fin.

Como ya se indicó en el capítulo 2, el nacimiento del liberalismo iba asociado al optimismo de la Ilustración, cuyos promotores, entre otras cosas, acentuaban la importancia del raciocinio y de la individualidad. Los pensadores de la Ilustración, críticos hacia el orden antiguo, pedían un nuevo sistema político que liberara a las personas de los grilletes del feudalismo. El retrato que hacían de la sociedad era algo semejante a una agregación de personas en posesión de sus derechos naturales que no compartían la visión pesimista del conservadurismo acerca de la naturaleza humana. La creencia liberal de que las personas, interactuando entre sí, originarían una armonía de intereses se oponía frontalmente a la opinión conservadora sobre la existencia de una jerarquía natural. Mientras que los conservadores apoyaban el concepto paternalista de la sociedad y subrayaban la idea del deber y

el acatamiento, los liberales hacían hincapié en los derechos individuales y en el autogobierno.

Ahora bien, dentro de Europa el progreso del liberalismo fue desigual y, en un principio, la oposición contra sus planteamientos fue más bien esporádica. Ahora bien, hacia las décadas de 1880 y 1890 surgió una generación de pensadores cuyas obras constituían un desafío a lo que ellos creían que era el debilitamiento y decadencia del capitalismo liberal. Precisamente en este clima de rebelión contra el liberalismo cabe situar a los precursores más inmediatos del fascismo.

Según ellos, el individualismo racional de la doctrina liberal, su creencia en la diversidad y en la pluralidad habían conducido a la inseguridad, la inestabilidad y la mediocridad. Los arquitectos de esta rebeldía intelectual tomaron como unidad de análisis no al individuo, sino a la comunidad, un elemento más amplio, interconectado y orgánico. La resolución de la crisis que ellos percibían había que buscarla no en los aspectos individualistas: la receta comprendía a la totalidad. El precepto liberal fue desplazado por una preferencia por el instinto, la herencia y la raza: las fuerzas irracionales empezaron a ser reconocidas como el motor principal de la conducta humana.

En este sentido, el darwinismo social se acorazó para lanzar su propio desafío. El retrato que presentaba de las personas como criaturas irracionales y amorales, aguijoneadas por la lucha instintiva por la supervivencia, en cuya lucha sólo sobrevivían los más dotados, era una tergiversación simplista de la teoría de Darwin sobre la selección natural. La equiparación del hombre con la bestia, que formularon los darwinistas sociales, significa una antítesis fundamental al énfasis que el liberalismo atribuía a la elección racional y deliberada, como determinante de la conducta humana. De modo que, en lugar del individualismo racional, su contrario —la irracionalidad total— empezó a ganar terreno atrayendo el apoyo de los intelectuales. En esta atmósfera de invernadero, difuminada con el darwinismo social, empezó a florecer el mito de la raza.

RAZA Y ESTADO

Ahora bien, el racismo no fue un fenómeno novedoso que creció en un suelo abonado por la perversión sociobiológica del darwinismo. Durante la época que media entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, la idea afloró en Alemania, si bien unida a la popularización del concepto representado por el término *Volk*, cuya traducción no es ni mucho menos fácil. En un nivel superficial, *Volk* significa «pueblo», pero en un plano más abstracto connota un sistema de valores absolutos, un ideal metafísico e inmutable de la condición de ser pueblo. Según la interpretación de Mosse: «Lo mismo que los hombres,

individualmente, poseían un alma, así también existía "un alma" del *Volk*, que al igual que el alma humana confería al *Volk* su carácter único e inmutable.» La tarea consistía en recobrar, en liberar a esta alma del *Volk*, cuya naturaleza era «montaraz y dinámica, basada en las emociones más que en una intelectualización rebuscada»².

Uno de los primeros exponentes del concepto *Volk* fue J. Fichte (1762-1814), quien, al igual que su coetáneo J. Herder (1744-1803), percibía a la nación alemana como una totalidad de índole natural y unida por su ascendencia, su lengua y su cultura. A principios del siglo XIX Fichte propaló la creencia de que, a pesar de estar desunidos y humillados militarmente por los franceses, los alemanes triunfarían finalmente debido a su natural superioridad. En sus *Discursos a la nación alemana* (1807-1808) presentaba a los alemanes como pueblo arquetípico, a cargo de una misión especial en beneficio de la humanidad, a saber: la de acaudillar una lucha cultural contra la influencia occidental, especialmente la influencia francesa.

Herder compartió también este consuelo protector que propiciaba el concepto de *volkisch*. Rastreó los orígenes de *Volk* hasta la Edad Media, que él concebía como una sociedad rural muy entretrejida en la que el «espíritu» o «alma» del *Volk* se había manifestado de forma más evidente. De modo que, en los escritos de ambos autores, el *Volk* se representaba como un concepto romántico que venía a subrayar la totalidad de la comunidad nacional. Además, ambos contemplaban al individuo como un ser subordinado a la nación. No ya sólo se presentaba al «espíritu» nacional muy por encima de los intereses individuales, sino que se proclamaba que el «espíritu» germánico era superior al de otros pueblos; según Fichte, sólo los alemanes eran capaces de un pensamiento profundo.

G. W. F. Hegel (1770-1831) compartía esta supremacía sobre la naturaleza orgánica del Estado; ahora bien, a diferencia de Fichte, Hegel no equiparaba al Estado con la concepción de un *Volk* «natural» y muy próximo a la idea racial, sino que se aplicó singularmente a la cuestión de la unificación alemana. La teoría de Hegel acerca del Estado, y la relación de los individuos con el mismo, ha llevado frecuentemente a la afirmación de que fue el padre intelectual e inequívoco del Estado fascista. Sin embargo, no puede calificarse a Hegel de protofascista; antes bien, lo mismo que la teoría de la selección natural de Darwin fue posteriormente desvirtuada por los precursores del fascismo, también lo fue la teoría del Estado que Hegel propuso.

En su obra *La Constitución alemana* (1803), Hegel expuso la opinión de que Alemania ya no era un Estado; muy al contrario, Alemania y el «espíritu» alemán estaban hendidos por los provincialismos

² G. Mosse, *Germans and Jews*, London, 1971, p. 19.

mezquinos de un Estado desintegrado. Ni el sentimiento colectivo, ni la voluntad común, ni los fundamentos del Estado, así lo aseguraba, tenían posibilidad de cristalizar debido a la rivalidad existente entre aquel batiburrillo de principados y reinos que comprendía Alemania. Pero fue en su *Filosofía del Derecho* (1821) donde Hegel elaboró su teoría. Al percibir la historia como un proceso, cuya dinámica era el conflicto —la dialéctica— de las ideas, consideró que el Estado era la idea última: la realización del «espíritu», o la razón, en la historia. Desde el principio al fin de la obra, Hegel insistió en que no se estaba refiriendo a un Estado concreto, sino a la «idea» del Estado, cuyo fundamento «es el poder de la razón que se hace realidad en la voluntad». Si bien el Estado, conceptualizado de esta forma, se presentaba como un organismo integrado, como una totalidad mayor que la suma de sus partes, la base del mismo era la libertad de la razón. Sólo en el seno de un Estado de esta naturaleza, aseguraba, el individuo podría tener garantizadas la libertad y su propia realización: pues el Estado armonizaba la individualidad y la colectividad, lo particular y lo universal, tomando como base la razón.

El Estado de Hegel no tenía que ser absolutista ni basarse en la fuerza arbitraria, sino que habría de ser garante de los derechos legales que los liberales proclamaban: el derecho a la propiedad privada, a la libertad de expresión, etc. Para Hegel, el Estado preservaba la pluralidad y la diversidad, en vez de destruirlas. Su intención no era tanto la de subordinar el individuo al todo, cuanto la de ilustrar el método de que se valía el Estado para ofrecer a sus miembros un punto central común: un conjunto de instituciones y valores compartidos al que todos podrían asociarse libremente. Hegel creía que las personas, a través de su condición de miembros del Estado, podrían superar sus preocupaciones e intereses particulares e identificarse con el bien común.

Ahora bien, Mussolini y su ideólogo Gentile se apoderaron del estatismo de Hegel y, distorsionándolo, lo aplicaron a la construcción de su teoría fascista: «Todo para el Estado, nada fuera del Estado.» Mientras que Hegel reconocía que la relación entre la sociedad civil y el Estado habría de ser de dependencia mutua, en la práctica del fascismo italiano, Estado y sociedad se fusionaron. Pero fue la percepción que Hegel tenía del Estado como un fin en sí mismo la que sedujo a los simplificadores del fascismo italiano. Perseguían éstos la idea de un Estado fuerte como base para un renovado Imperio romano, lo cual requería un barniz de respetabilidad intelectual que, según ellos querían dar a entender, se identificaba con Hegel. Por el contrario, el nacionalsocialismo alemán ni siquiera tuvo necesidad de desvirtuar a Hegel. A diferencia de Mussolini, Hitler contemplaba el Estado no como un fin, sino como un medio para garantizar los intereses del *Volk*. Fue Fichte quien sentó las bases de la ideología *volkisch*, que se convirtió en el principio que organizaría el nazismo.

La idea de una cultura alemana superior, investida con la misión de superar las influencias de Occidente, aunada a la ascendiente creencia de la supremacía del Estado, se había desarrollado a lo largo del siglo XIX. En Alemania, F. L. Jahn (1778-1852), entre otros, avanzó la idea de una comunidad orgánica, natural, y exaltó la superioridad de una tradición política alemana, autoritaria y antiliberal. En *Nacionalidad alemana* (1810) definió la pureza racial como base de la nacionalidad, y ratificó el carácter único y la superioridad de todos los pueblos germánicos. Su objetivo era la «democracia del gran pueblo alemán», que comprendería Austria, Holanda, Suiza y Dinamarca, donde se erradicaría todo vestigio de influencia extranjera. El sentimiento nacional y la nacionalidad se situaban por encima de los derechos individuales y de la fraternidad universal. Se trataba, en efecto, de una receta para luchar contra el «Oeste», esto es, contra el liberalismo. Era una guía para la acción que cada vez se fue haciendo más patente en la Europa de fin de siglo a medida que los intelectuales, procedentes de distintos ámbitos, trataban de encontrar una «tercera vía» entre los valores de la Ilustración y el socialismo internacional que por entonces surgía.

Hacia mediados del siglo XIX el concepto de la superioridad racial se había instalado en el pensamiento europeo mayoritariamente a través de las obras de los pensadores alemanes, a quienes animaba la tarea de la unificación nacional. Sin embargo, las aportaciones al desarrollo del nexo entre raza y nación no fueron exclusivamente alemanas. Una de las primeras manifestaciones de la «teoría» racial nos la brinda un diplomático francés, el conde Arthur Gobineau (1816-1882). En su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855) proclamaba la superioridad de las razas blancas sobre las negras y semitas, y la prioridad de la raza sobre el individuo y la nación. Pretendía, asimismo, identificar distintos grados de pureza étnica entre las razas blancas: aquellos que poseían un mayor grado de pureza conllevaban el potencial necesario para hacer avanzar la civilización, mientras que quienes carecían de tan ricas dotes transmitían la decadencia étnica y, por tanto, amenazaban a la civilización. En la primera categoría situaba a los teutones, y a la última pertenecían los celtas y los eslavos.

De hecho, todas estas ideas pueden ubicarse dentro de la tradición antisemita que precedió con mucho a la elaboración de las justificaciones pseudocientíficas en favor de los prejuicios raciales. Los estereotipos prerraciales contra los judíos constituyeron un lugar común a lo largo de buena parte de la historia de Europa y, desde finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, tomaron la forma de antagonismo religioso frente al judaísmo. Dicho prejuicio cultural contra los judíos, que la literatura difundió profusamente, habría de proporcionar una argumentación, de carácter espurio, el antisemitismo, con anterioridad a

las teorías racistas de Gobineau y de los socialdarwinistas (ver más adelante). En un principio se sostuvo que el «problema del judaísmo» podría resolverse reeducando a los judíos para que abandonaran una religión que les mantenía apartados de las culturas religiosas dominantes en las sociedades que eran sus «anfitrionas»; y que, ocupándose en un «trabajo honrado», adquirirían nuevas raíces y merecerían ser asimilados dentro de los países de adopción. Sin embargo, a medida que el nacionalismo *volkish*, esencialmente irracional, comenzó a suplantarse los preceptos de la Ilustración, también se empezó a mirar a los judíos como a gente no asimilable que constituía una amenaza racial para la nación germánica.

Este giro del antisemitismo cultural al antisemitismo biológico se vio fomentado por el darwinismo social, cuyos adeptos no se circunscribían solamente a Alemania. Como ya hemos señalado anteriormente, los socialdarwinistas fundamentaban sus ideas en una adulteración de las teorías de Charles Darwin (1809-1882) acerca de la evolución y la selección natural. Entre ellos se contaban algunos ingleses —Houston Chamberlain (1855-1927) y Karl Pearson (1857-1936) fueron dos de ellos—, cuya errónea equiparación del hombre con la bestia les llevó a afirmar que los mejor dotados eran aquéllos de raza más pura. Chamberlain, que posteriormente habría de ser citado por el régimen nazi como profeta del nacionalsocialismo, desarrolló la idea de la «nación del pueblo ario», que, según él creía, estaba «destinado» a triunfar debido a su superioridad genética³.

Los socialdarwinistas rechazaban el liberalismo, el igualitarismo y el internacionalismo, en la creencia de que contradecían el «orden natural de las cosas». Además, se declaraban partidarios de la guerra porque evidenciaba la vitalidad de la raza, dando por sentado la pureza racial como garante de la supremacía. Por el contrario, menospreciaban el pacifismo y el mestizaje (la mezcla de «razas» mediante el maridaje entre ellas), por ser, según la frase de Chamberlain, «perversiones antinaturales».

Hacia finales del siglo XIX la deforme ecuación de nación y raza, junto con una concepción del individuo que le subordinaba al Estado, habían enraizado sólidamente entre los intelectuales europeos.

IMPERIALISMO NACIONAL

Durante buena parte del siglo XIX, el nacionalismo, a través de su asociación con la Revolución francesa, fue un agente de liberación y emancipación. Sin embargo, bajo el impacto de la noción del Estado

³ Véase P. Hayes, *Fascism*, London, 1973, pp. 23 ss.

preconcebida racialmente, comenzó a aflorar un nuevo nacionalismo europeo: un nacionalismo que se nutría del convencimiento de que la unificación de Alemania e Italia era producto de una mezcla embriagadora de «sangre y fuego». El apoyo cada vez mayor al Estado racial que comprendía tanto a las personas como a las fronteras existentes, junto con los preceptos socialdarwinistas exhortando a la lucha, se fusionaron al objeto de proporcionar un fundamento racional para el imperialismo. Dicha fusión se expresó por medio del concepto de *macht-politik*, «la fuerza es el derecho».

El general alemán F. von Bernhardi (1843-1930) definía expresamente el nuevo credo como sigue: «la fuerza da derecho a ocupar y conquistar. Es, a la vez, el supremo derecho, y la controversia sobre lo que es correcto se dirime mediante el arbitraje de la guerra. La guerra ofrece una decisión biológicamente justa, ya que sus resoluciones se basan en la auténtica naturaleza de las cosas»⁴. Concebida de este modo, la *machtpolitik* equipara el poder con la moralidad y eleva el interés nacional por encima del mandato de la ley y de la idea de los derechos universales del hombre. Su interacción con el nacionalismo y el racismo está ejemplificada en las obras de Pearson y Chamberlain. Pearson consideraba como un mandato moral el empleo de la guerra en pro del interés nacional: «si las guerras cesan, no habrá nada que controle la fertilidad de las razas inferiores»⁵. Chamberlain compartía esta creencia. Al interpretar toda la historia de Occidente desde el punto de vista de la lucha racial, y apoyar la idea de que sólo los arios eran capaces de originar una cultura creativa, afirmaba que «el poder de la fuerza es el destino de las razas escogidas [...] es su deber conquistar y destruir lo que es impuro e inferior»⁶.

Esta defensa de la guerra como deber moral, juntamente con la glorificación de un Estado de carácter racial y el sometimiento del individuo, eran como hebras que empezaban a configurar un tejido perceptible y diferenciado hacia finales del siglo XIX. La grandeza nacional se impregnó de un valor espiritual que, junto al sentimiento de misión, preceptuaba el imperialismo.

ELITISMO Y LIDERAZGO

La importancia creciente que se concedía a la raza y a la idea de la misión universal implicaba la necesidad del liderazgo de la nación: una figura que encarnara las virtudes de la raza. El socialdarwinismo asumió la función de formular la necesidad del liderazgo por parte de

⁴ F. von Bernhardi, *Germany and the Next War*, London, 1914, p. 18.

⁵ K. Pearson, *National Life from the Standpoint of Science*, London, 1905, p. 27.

⁶ Citado en Hayes, p. 115.

la elite. No sólo daba por sentado la jerarquía natural entre las razas, sino que además ratificaba la existencia de una superioridad natural en el seno de los grupos raciales.

Un exponente señero del elitismo fue F. Nietzsche (1844-1900), quien afirmaba lo irracional, la «voluntad de poder», como la fuerza impulsora de la personalidad. Nietzsche contemplaba la vida como una lucha perpetua, cuyo mérito no estaba en el logro, sino en la lucha misma: «La propia vida es apropiación, usurpación, dominación del extranjero y del más débil, opresión, rigor, imposición de la forma de ser de uno mismo, asimilación y, cuando menos en su expresión más benigna, explotación»⁷. Este credo viril exigía una elite que representara la severidad y la fortaleza para conducir a los «seres inferiores», cuyos instintos eran el sometimiento y la adhesión a sus líderes.

Su descripción del líder era la del heroico Superman, la «magnífica bestia rubia» que derrotaría al débil, al decadente y al mediocre. De este modo la igualdad se veía suplantada por la superioridad natural. Fue ésta una idea que resultó ser muy atractiva: en la Italia fascista tomó la forma del culto al *Duce*; en la Alemania nazi se institucionalizó en el *Führerprinzip*.

Sin embargo, y aun siendo un apóstol de la irracionalidad, Nietzsche era básicamente un individualista radical, no un profeta de la sociedad orgánica. Además, evitaba la idea del nacionalismo y consideraba el mestizaje como el origen de grandes culturas. Con todo, la fuerza de su retórica en lo referente a las «bestias rubias», instilada con la «voluntad de poder», fue fácilmente desvirtuada por los aspirantes a Supermanes de la Alemania nazi y la Italia fascista, y, como en el caso de Hegel y Darwin, la tentativa de apropiarse de la filosofía heroica de Nietzsche fue testimonio del carácter de piratería y de la naturaleza selectiva y simplificadora de la doctrina fascista.

La defensa del elitismo la compartieron algunos contemporáneos de Nietzsche. En Italia, por ejemplo, V. Pareto (1848-1923) —*Sistemas socialistas* (1902) y *Tratado de sociología general* (1935)— comparaba la estructura social con una pirámide en cuya cúspide se situaba la elite rectora apoyada por la masa aquiescente que estaba a sus pies. En su opinión, la sociedad estaba formada por una minoría de individuos superdotados, aptos para dirigir a la masa mediocre destinada a seguirlos. Se trataba de un modelo de sociedad que llevaba el marchamo del socialdarwinismo: la creencia en el proceso de la selección natural a través del cual la historia se configura no mediante la lucha de las masas contra la aristocracia, sino por el conflicto entre elites rivales. R. Michels (1876-1936) —*Partidos políticos* (1949)— argumentaba, como Pareto, sobre la necesidad de un grupo social do-

⁷ Hayes, *ibíd.*, p. 34.

minante para el bienestar de la vida social y política. Ambos despreciaban y temían la participación y el control populares y concordaban sobre la incapacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo. Más aún, presentaban sus ideas no como una teoría, sino como la ley natural, y, por consiguiente, reclamaban rango científico para su pensamiento profundamente antiliberal y antidemocrático.

Este desdén por las masas también lo compartió el pensador francés G. Le Bon (1841-1931). Su *Psicología de masas* (1865), que posteriormente Mussolini citaría una y otra vez con aprobación, era una justificación tanto del elitismo como del autoritarismo. En Alemania, la obra de J. Langbehn (1851-1907) *Rembrandt como educador* (1890) se hacía eco del desprecio de Le Bon hacia la democracia de masas. Asimismo Langbehn identificaba la raza como el factor determinante de la historia: para él, el «poder de la sangre» era supremo y trascendía a la nación. La elite que Langbehn prefería era la de la aristocracia autoritaria, que, en su opinión, movilizaba a las masas en una contienda popular para aplastar a la burguesía, los filisteos y los judíos asimilados, todos los cuales, decía, eran responsables del nacimiento del liberalismo, la democracia y el socialismo.

Nietzsche, Pareto, Michels, Le Bon y Langbehn, todos ellos fomentaron lo que se ha descrito como el «credo pernicioso» de la lucha permanente, el elitismo y la sinrazón. Contribuyeron de manera decisiva al clima de irracionalidad que caracterizó a la revuelta intelectual de finales del siglo XIX. El culto al elitismo, el énfasis en el poder, la contienda y el autoritarismo, el realce del sentimiento y el instinto, todo ello se opuso al individualismo racional del mundo liberal.

En el desarrollo de las sociedades de masas cada vez se impugnaba con mayor ímpetu el individualismo liberal del pasado siglo XIX, oponiéndolo a la descripción del hombre como parte integral de un todo orgánico, a quien sólo se valoraba en la medida en que servía al todo. Además, el socialdarwinismo se fundamentaba en una crítica de desafío a la Ilustración y a los preceptos democráticos y daba por hecho la desigualdad endémica en el seno de la sociedad. Los partidarios de estas opiniones consideraban al pueblo como una masa instintiva e irracional que había que movilizar mediante apelaciones al sentimiento y a la emoción: destinada a seguir a aquellos que Nietzsche había descrito como los «especímenes supremos».

SOCIALISMO NACIONALISTA

Hacia el último cuarto del siglo XIX la amenaza intelectual al liberalismo era fácilmente apreciable. Asimismo, el llamamiento de los profetas de la irracionalidad se veía reforzada por la explicación que daban sobre el empeoramiento de las condiciones materiales que

experimentaba Europa durante este período. Bajo el apremio de la seria depresión económica empezó a debilitarse en Europa el atractivo del *laissez-faire* y del libre comercio y a resquebrajarse el nexo entre liberalismo y progreso. Más aún, la victoria de Prusia, el dominio del Piamonte en Italia y la derrota de Francia en 1870, parecían reforzar la fe en la supremacía del más fuerte que plantearon los socialdarwinistas. La conjunción de todos estos sucesos económicos y políticos hicieron valer sus argumentos para enfrentarse a la hegemonía liberal. Los artífices de la rebeldía contra los valores de la Ilustración, escudados en sus preceptos irracionales en pro de la redención nacional, tenían que hacer frente no sólo al liberalismo, sino también al creciente socialismo. Bajo tales circunstancias, el carácter del nacionalismo experimentó un profundo impacto.

El socialismo amenazaba con dividir a las naciones debido a su interés clasista, eso sin contar con que promovía la solidaridad internacional de las clases; todo lo cual amenazaba al concepto del liderazgo del Estado por parte de las elites, cuya virilidad y pujanza había de contrastarse mediante la guerra y la conquista que perseguía la *macht-politik*. De modo que era preciso encontrar una «tercera vía» entre el capitalismo liberal, que, según se alegaba, había fracasado, y el socialismo, que propiciaba el conflicto interno al objeto de acabar con el orden existente. La receta de los neonacionalistas era la solidaridad nacional y la autarquía económica (autosuficiencia).

En Alemania ya era bien conocida la idea de que todos los recursos nacionales deberían dirigirse hacia el objetivo de la nación. A principios del siglo XIX algunos pensadores alemanes habían adelantado la opinión de que Alemania sólo se integraría totalmente cuando toda la propiedad fuera compartida en común. Por ejemplo, Fichte había prescrito una economía planificada, con escasas importaciones y una reducción del comercio exterior. Para resumir, esgrimía la noción de que era necesaria la regulación estricta de la actividad económica y política a fin de imprimir coherencia al Estado. Se trataba de una acción política que entraba en oposición directa con los partidarios del liberalismo económico que formulara Adam Smith. Asimismo, Fichte defendía la expansión del Estado alemán hasta sus «fronteras naturales», al igual que lo hizo otro apóstol de la autarquía y la expansión alemanas, Friedrich List (1789-1846) —*Sistema nacional de economía política* (1904)—. Se trataba de un plan dirigido a la expansión imperial, que implicaba la regulación del capital y el trabajo en interés del poder del Estado, es decir, una economía planificada y fundamentada en una Alemania que anexionara los Estados limítrofes y el imperio colonial.

A lo largo del siglo XIX la autosuficiencia económica alemana se contempló progresivamente como una ampliación del poder del Estado. El objetivo era una comunidad nacional autárquica, lo cual, a su

vez, significaba la expansión imperial. En una atmósfera teñida con los preceptos de los socialdarwinistas, que abogaban a favor de una lucha en el exterior, se ridiculizaba el internacionalismo, una faceta clave del socialismo, como sinónimo de cobardía. En el interior, la búsqueda de la autarquía implicaba no exactamente los derechos de igualdad, libertad y fraternidad, sino los deberes de lealtad, servicio y obediencia. De suerte que la economía político-liberal fue rechazada por los neonacionalistas, tanto por las limitaciones que imponía al control por parte del Estado, cuanto por su defensa del libre comercio, mientras que se oponían a la lucha de clases propuesta por el socialismo porque debilitaba a la nación, y amenazaba con el igualitarismo y la internacionalización.

En Gran Bretaña la defensa de la autarquía corrió a cargo de Joseph Chamberlain⁸ (1836-1914), con su campaña sobre la reforma arancelaria. Sus acciones políticas —protección del mercado nacional frente a las importaciones extranjeras, mucho más baratas; un mercado colonial acotado para las mercancías británicas; preferencia imperial para los productos alimentarios procedentes de las colonias— las compartían algunos fabianos, que, al acabar el siglo, trataban de constituir un nuevo Partido Social Imperial como alternativa tanto al conflicto de clases como a la búsqueda del propio interés personal. Por ejemplo, en el año 1900, G. B. Shaw (1856-1950) indicaba su preferencia por la «tercera vía» en *El fabianismo y el Imperio* (1900) como «la organización social y eficaz del Imperio, al liberarlo de la lucha de clases y del interés privado».

Lo que Shaw y los imperialistas como Chamberlain tenían en común, como señala Skidelsky, era la «creencia en una comunidad nacional como valor defendible contra el internacionalismo del libre comercio, por una parte, y el internacionalismo de las clases trabajadoras, por otra»⁹. Si bien esta variante británica de la autarquía no consiguió echar raíces durante el período anterior a la Primera Guerra Mundial, los socialimperialistas contribuyeron a elaborar los fundamentos intelectuales de la Unión de Fascistas Británicos, liderados por Mosley, algo que lograron al acentuar el «concepto de la eficacia [...], la conciencia de vivir en una era nueva [...], para la cual había de construirse un nuevo saber político [...], así como la creencia en la ineficacia de la democracia parlamentaria. El cambio habría de venir de la mano de una elite de tecnócratas esforzados»¹⁰.

⁸ Sobre J. Chamberlain, la reforma arancelaria y el imperialismo social, véanse B. Semmel, *Imperialism and Social Reform*, London, 1960, y R. Jay, *Joseph Chamberlain: A Political Study*, Oxford, 1981.

⁹ R. Skidelsky, *Oswald Mosley*, London, 1975, p. 57.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 58.

Ahora bien, la autarquía agresiva floreció en la Alemania nazi y en la Italia fascista, y en ambas estuvo íntimamente relacionada con el concepto de Estado corporativista.

El corporativismo procede de una visión orgánica de la sociedad, que asevera que el complejo abanico de las instituciones sociales —familia, comercio, región y, sobre todas las cosas, la nación— existe con anterioridad al individuo. En este sentido, sus exposiciones reivindican que el crecimiento, desarrollo y seguridad de dicho individuo están determinados por el bienestar de las instituciones, de forma que el interés de estas últimas prevalece sobre el interés individual. Desde este punto de vista, la salud de la sociedad, interpretada como un organismo vivo, interrelacionado, es capital, y se requiere a todas las partes constitutivas de la totalidad que trabajen para conseguir el logro de tan alto objetivo.

No fue nada accidental que Mussolini eligiera una metáfora orgánica para caracterizar al Estado corporativista italiano: «Una sociedad que funciona con la armonía y precisión del cuerpo humano. Todos los intereses y todos los individuos se subordinan al objetivo supremo de la nación»¹¹. Aquí, de hecho, se halla la muy alabada «tercera vía» que habría de trascender al liberalismo y al socialismo. «El liberalismo —escribía Mussolini— niega al Estado en interés del individuo; el fascismo reafirma al Estado como la auténtica realidad del individuo.» En cuanto a su rival, el socialismo, declaraba: «El fascismo se opone al socialismo que limita el devenir de la historia a la lucha de clases e ignora la unidad clasista que se establece como una realidad moral y económica en el Estado [...]»¹².

Los defensores del corporativismo trataron de superar lo que ellos consideraban el carácter divisorio que lleva implícito el liberalismo y la ruptura con que amenaza la insistencia en la lucha de clases por parte del socialismo revolucionario.

Vivamente consciente de la capacidad de movilización que tenía el incentivo nacionalista y persuadido de la necesidad de que existiera el conflicto, Mussolini intentó hacer una síntesis de nacionalismo y socialismo. Aspiraba a transformar Italia para que pasara de ser una sociedad formalmente unida, pero, de hecho, mal integrada, hasta convertirse en un todo orgánico. La trayectoria discurría por el corporativismo con su invocación a la colaboración de las clases. Exhortó a los italianos a que se embarcaran en un empeño total por redimir a su país de su situación de pariente pobre e internacionalmente ridícula. El conflicto entre las estructuras clasistas dentro de Italia había que trans-

¹¹ Citado en M. Walker, *The National Front*, London, 1977, p. 17.

¹² Citado en A. Lyttleton (ed.), *Roots of the Right: Italian Fascism from Pareto to Gentile*, London, 1973, p. 42.

ferirlo del plano interior al plano exterior: la lucha sería entre el proletariado y las naciones opulentas y plutocráticas.

Al exponer su fórmula corporativista, Mussolini se apropiaba, desvirtuándolas, de las ideas sindicalistas¹³, que habían nacido en Francia en los años 1890. El sindicalismo era un movimiento socialista revolucionario que creía que la forma que debía adoptar la lucha de clases consistía en la acción directa en el propio lugar de trabajo —huelgas y sabotajes, por ejemplo— y no en el determinismo histórico: su culminación era la huelga general. El sindicalismo aspiraba a fundar una cadena interrelacionada de uniones autogobernadas (sindicatos) como núcleos de producción y distribución dentro de la sociedad posrevolucionaria. La representación y la autoridad se basarían en las categorías laborales y económicas, no en las zonas geográficas. Mussolini, que anteriormente fue líder socialista en Italia, estrechamente identificado con el movimiento sindicalista, instauró un sistema de corporaciones en la Italia fascista, configuradas de acuerdo con dicha idea. Pero, mientras que los sindicatos habían de componerse únicamente de trabajadores, las corporaciones de Mussolini comprendían a representantes del capitalismo y del trabajo. Asimismo, si bien los conjuntos de representantes eran en teoría iguales, de hecho los portavoces de los intereses capitalistas tenían las manos relativamente libres, mientras que los de los obreros eran sólo marionetas del régimen, ya que las voces autorizadas de las clases trabajadoras estaban mudas —en prisión, exiliadas o peor aún—.

Además, mientras que los sindicatos eran profundamente antiestataistas, Mussolini elevó el Estado a una posición de dominio total, casi étéreo:

La piedra maestra de la doctrina fascista es la concepción del Estado, de su esencia, de sus funciones, de sus fines. Para el fascismo, el Estado es un todo absoluto, ante el cual los individuos y los grupos son relativos. Los individuos y los grupos se «conciben» sólo en la medida en que estén dentro del Estado [...]. Cuando se dice fascismo, se está diciendo Estado¹⁴.

Interpretada de este modo, la modalidad italiana de la doctrina hacía hincapié en el deber, el sacrificio y la obediencia al servicio del Estado. En esencia, su aspiración nacionalsocialista era groseramente simple: puesto que la nación es la sociedad, a la cual todo pertenece, todas las clases deben servir al interés nacional.

La meta de la autarquía llevó también a la imposición del corporativismo en la Alemania nazi, donde, al igual que en Italia, la reivindicación

¹³ Sobre Mussolini y el sindicalismo, véase D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism*, Manchester, 1979, y A. J. Gregor, *Italian Fascism and Developmental Dictatorship*, New Jersey, 1979.

¹⁴ Lyttleton, pp. 53-55.

ción de las credenciales socialistas carecía de fundamento. Preceptos tales como la propiedad común de los medios de producción o la abolición de la esclavitud del salario no tenían cabida en la visión hitleriana del mundo. En *Mi lucha* (1925-1926), Hitler describía los aspectos socialistas del nazismo como «la nacionalización de las masas» o «restituir a las masas a su nación» y «arrancar a los obreros alemanes del engaño internacional». Desde esta perspectiva, ser «social» era gozar de una conciencia de «sentimiento» y «destino» en la comunidad nacional.

Hitler, como Mussolini, apoyaba la concepción orgánica de la sociedad. Se valoraría a las personas sólo en la medida en que sirvieran al todo: «Si consideramos la pregunta de cuáles son las fuerzas que en realidad forman el Estado, o incluso lo preservan, podemos reunir las bajo un solo título: la capacidad y la voluntad del individuo para sacrificarse en pro de la totalidad»¹⁵.

El corporativismo era un producto de las ideas de los neonacionalistas de finales del siglo XIX, que perseguían integrar a las clases trabajadoras dentro de un todo orgánico. A pesar de sus pretensiones socialistas, el corporativismo, en su ideación y en la práctica, era una forma de capitalismo estatal de la producción económica. Las personas se concebían como prescindibles: como medios que había que movilizar para conseguir una comunidad nacional regenerada. Oswald Mosley, líder del fascismo británico de entreguerras, captó la grotesca simplicidad de la faceta nacional socialista de la doctrina: «Si amas a tu país, eres nacionalista; si amas a tu pueblo, eres socialista.»

RESUMEN Y ANÁLISIS PROVISIONALES

A finales del siglo XIX todos los diversos elementos de la doctrina que podía identificarse como fascista circulaban por Europa: estatismo, nacionalsocialismo, imperialismo, racismo y elitismo. El énfasis que se adjudicaría a cada uno de estos elementos variaba de acuerdo con las distintas tradiciones de los países que adoptaron el fascismo, les impusieron el fascismo o aspiraban a afianzar un régimen fascista. Los temas que comprendía la ideología no se reducían en ningún sitio a un solo ingrediente.

En el caso italiano, Mussolini puso el acento en el estatismo. El corporativismo facilitó los medios para infundir la voluntad y los recursos tendentes a embarcarse en la regeneración del Estado fascista. Al describir al Estado como un organismo vivo, propiciaba la argumentación racional para justificar el imperio; al igual que los órganos

¹⁵ A. Hitler, *Mein Kampf*, trad. Ralf Manheim, London, 1969, p. 140. [Ed. esp., *Mi lucha*, 4.ª ed., Huguin, Barcelona, 1983.]

de los seres sanos se desarrollan y crecen, así también le ocurre al Estado. Para Mussolini, guerra y conquista eran síntomas de un Estado saludable: «Para el fascismo la marcha hacia el imperio [...] es una manifestación de la vitalidad del Estado; lo contrario, permanecer en casa, es un signo de decadencia [...]. Únicamente la guerra pone un sello de nobleza en los pueblos»¹⁶. De suerte que, en Italia, el fin que perseguía el fascismo era el bienestar del Estado, legalizado por la reanudación del Imperio.

En el caso nazi, la meta era la supremacía racial. Hitler era un nacionalista racial obsesionado por la creencia monomaniaca en la fuerza de la sangre. Para él la historia no era el registro del conflicto de clases ni la competencia entre pluralidades rivales, sino el nacimiento, el conflicto y la caída de grupos raciales determinados biológicamente. La humanidad, insiste, comprendía tres grandes grupos raciales: los que crean la cultura, los que la transmiten y los que la destruyen. La «estirpe» aria del *Volk* representaba al primer grupo; los judíos, al último. Hitler buscaba restablecer la pretendida supremacía de los arios mediante la regeneración y purificación de la sangre, lo cual exigía eliminar «la amenaza judaica».

Hitler «explicaba» el colapso alemán al final de la Primera Guerra Mundial como resultado de la progresiva degeneración de la sangre alemana, que había originado el desgaste de su determinación y firmeza de carácter. Los judíos, mediante la continuada difusión de doctrinas que deterioraban el nacionalismo y proclamaban el individualismo, el igualitarismo y el internacionalismo, habían orquestado la extendida aceptación del mestizaje. De modo que, mientras se diluía la pureza racial de los grupos nacionales, «la raza judía [...], al conservar pura la raza de Judea», se estaba preparando para conseguir el dominio del mundo. Impedir que continuaran la degeneración y subsiguiente imposición judaica significaba la renovación de la sangre aria: «cuidar de que la sangre se preserve pura y, protegiendo a lo mejor de la humanidad [los arios], crear la posibilidad de un desarrollo más noble de los seres humanos». Significaba asimismo la supresión total de los que amenazaban con su «impureza»: «Con los judíos no se pueden hacer pactos; sólo cabe el rigor: o, si no, nada.»

«Vampiro», «virus», «parásito», «bacilo», tales eran los improprios preferidos que Hitler empleaba para calificar la «amenaza judaica» al «organismo nacional». Si no se les suprimía, «cualquier otra tentativa para el despertar y la resurrección de los alemanes era y seguiría siendo totalmente insensata e imposible». Al perseguir la meta de preservar y desarrollar «una comunidad de seres físicos y psíquicamente homogéneos», a Hitler le obsesionaba la creencia de estar ac-

¹⁶ Lyttleton, pp. 53 y 56.

tuando de acuerdo con el «principio aristocrático de la Naturaleza», según el cual los mejor dotados, los más fuertes, los más poderosos prevalecen siempre. En *Mi lucha* declaraba:

De modo que la filosofía *völkisch* de la vida corresponde a la más recóndita voluntad de la Naturaleza, puesto que restablece el libre juego de las fuerzas que deben conducir a una procreación superior, recíproca e ininterrumpida hasta que, al fin, lo mejor de la humanidad, habiendo logrado la posesión de su tierra, tenga el camino libre para actuar en territorios que parcialmente están sobre ella, y parcialmente fuera de ella.

Aquí se halla la interpretación más literal y, consecuentemente, más sanguinaria del socialdarwinismo. Además Hitler investía la tarea de la regeneración con un manto de misión divina: «Defendiéndome yo mismo contra el judío, estoy luchando por la obra del Señor.»

El orden fijo, decretado entre las «razas» con la «lógica férrea de la Naturaleza», también podía aplicarse dentro de una «raza», y en ello reside la racionalización en pro de la dictadura (*Mi lucha*):

Una filosofía de la vida que entrañe el rechazo de la idea democrática y conceda esta tierra al mejor pueblo [...] debe obedecer, lógicamente, a idéntico principio aristocrático en el seno de dicho pueblo, y asegurarse de que el líder y la influencia suprema para este pueblo recaigan en las mentes más dotadas. De esta forma, no se construye sobre la ley de la monarquía, sino sobre la idea de la personalidad [...]. La filosofía *völkisch* [...] no sólo identifica el valor de la raza, sino la importancia de la personalidad, que, por consiguiente, constituye uno de los pilares de su edificio.

Sobre esta base argumentativa, plagada de grietas, Hitler construyó el *Führerprinzip*: «la responsabilidad absoluta incondicionalmente combinada a la autoridad absoluta [...] de que un solo hombre puede detentar la autoridad y el derecho a mandar». Los partidos políticos se inclinaban al compromiso, mientras que «el principio parlamentario de la mayoría pecaba en contra del principio aristocrático y fundamental de la Naturaleza: la autoridad del individuo».

La reinstauración del orden «natural» justificaba asimismo el imperialismo a fin de asegurar un espacio vital (*Lebensraum*) para los «superiores racialmente». «La Naturaleza —declaraba Hitler— no conoce de fronteras políticas [...], el suelo está ahí para el pueblo que tenga la fuerza de tomarlo.» Así pues, mientras que Mussolini racionalizaba el imperialismo como prueba de la vitalidad del Estado, en el caso de Hitler constituía la medida de la superioridad racial.

De hecho, los dos dictadores apoyaban dos teorías opuestas acerca del Estado. Mussolini consideraba al Estado como un fin en sí mismo: por el contrario, Hitler (en *Mi lucha*) lo describía simplemente como un medio para asegurar el fin de la supremacía racial:

el Estado debe considerar que su función más alta es la preservación y el reforzamiento de la raza [...], la preservación de los factores raciales originales que confieren cultura y crean la belleza y la dignidad de una humanidad su-

perior. Nosotros, como arios, sólo podemos concebir el Estado como un organismo vivo de la nacionalidad [...]. Hemos de distinguir de la forma más precisa posible entre el Estado como recipiente y la raza como su contenido.

Debido a su agobiante y fatal énfasis sobre el racismo biológico, muchos estudiosos rechazan la idea de equiparar el nazismo con el fascismo, o incluso de verlo como una variante exagerada de la ideología fascista. No obstante, si se enfoca el fascismo como una doctrina fluida y no como una doctrina sólida, se pueden destilar las variantes nacionales a partir de la redoma común de las tendencias que aquí se han identificado. De hecho, se puede argumentar que es mucho más sencillo descubrir lo que tienen de común las diversas formas de fascismo, indicando los valores contra los cuales se han manifestado los exponentes del mismo, a saber: las ideas de los derechos individuales, la libertad, la igualdad y la fraternidad universal. Sus defensores proclamaron la naturaleza antitética de la visión mundial del fascismo. Y, así, Mussolini decía: «Simbolizamos un nuevo principio en el mundo, simbolizamos la antítesis más pura, definitivamente categórica ante el mundo de todo lo que todavía hoy se mantiene gracias a los principios fundamentales que se establecieron en 1789»¹⁷. Goebbels, jefe de propaganda de Hitler, simbolizaba esta misma opinión en términos todavía más categóricos: «Desde ahora, hemos erradicado de la historia el año 1789.»

Tales declaraciones indican que el fascismo era esencialmente reaccionario, e incluso contrarrevolucionario, que buscaba recobrar nuevamente un pasado perdido y restablecer los valores que la Ilustración había erosionado. Pero el fascismo es como Jano, tratando de encontrar un equilibrio entre el peso de la tradición «romántica» y el atractivo de lo moderno. Los profetas y profesionales de la doctrina exaltaban la solidaridad colectiva que, en su opinión, había prevalecido en la Europa preindustrial, y bramaban contra el desorden social, que lo consideraban implícito al proceso de industrialización. Pero no eran en modo alguno neoludditas*. El anverso del aspecto irracional, regresivo, del fascismo era la cara de la planificación, la eficacia y el progreso técnico. Este último, el aspecto gestor de la ideología, se ejemplifica tanto en el concepto del corporativismo, como en la horrenda y despiadada eficacia de las cámaras de gas.

Si bien su ideología trataba de ensalzar el carácter novedoso del fascismo, ninguno de los elementos que Mussolini, Hitler y sus mímos de todas partes configuraron en un todo, eran nuevos en sí mismos. El movimiento fascista de entreguerras habría heredado sus ideas

¹⁷ B. Mussolini, *Fascism: Doctrines and Institutions*, Roma, 1935, apéndice, p. 40.

* Del líder King Ludd, o Ned Ludd (1811). Nombre que se dio a bandas organizadas de artesanos ingleses que destruían la maquinaria textil alegando que les quitaba sus puestos de trabajo. (*N. de la T.*)

del clima de revuelta irracional que les había precedido en el pasado más inmediato, y que era moneda corriente en la Europa de fin de siglo, si bien se había desarrollado a lo largo del XIX. Todo lo cual también era verdad para el fascismo inglés, que pasamos a analizar.

FASCISMO BRITÁNICO DE ENTREGUERRAS: EL BUF

Los orígenes de la ideología fascista fueron internacionales y, asimismo, podían localizarse dentro de una tradición europea perfectamente identificable. Cierta número de pensadores ingleses —Pearson y Houston Chamberlain, por ejemplo—, junto con las personas asociadas al «socialimperialismo», aportaron directa o indirectamente sus ideas a la doctrina que nacía. Si bien el racismo de Houston Chamberlain traicionaba cierta afinidad con el pensamiento fascista, o la autarquía de Joseph Chamberlain ejerció alguna influencia sobre el mismo, el desarrollo de la doctrina en Gran Bretaña está más estrechamente asociada a Oswald Mosley.

Mosley fundó la Unión Británica de Fascistas (BUF) en 1932, después de haber sido en un principio conservador, conservador independiente, independiente y miembro del Parlamento por los laboristas. Su tránsito desde el Partido Laborista —del que fue expulsado en 1931— al fascismo pasó por la vía del Nuevo Partido, un grupo con base parlamentaria, de corta vida, que Mosley lanzó en 1931 para promover sus políticas económicas cada vez más proteccionistas.

Durante estas primeras fases partidistas, Mosley desarrolló su calco del corporativismo y la economía autosuficiente, que se convertirían en el sostén central de la plataforma del BUF. Al igual que Mussolini, Mosley perseguía la colaboración clasista buscando una renovación de la economía británica, si bien —lo mismo que sus anteriores duplicados, tanto en la Italia fascista como en la Alemania nazi— las ideas económicas de Mosley estaban vacías de una dimensión socialista.

Para Mosley, el fascismo anunciaba el nacimiento de una nueva era. A su regreso de Italia, en 1932, poco antes de formarse la Unión Británica de Fascistas, declaraba: «Italia no sólo ha producido un nuevo sistema de gobierno, sino un nuevo tipo de hombre que difiere de los políticos del mundo viejo como si fueran hombres de un planeta distinto»¹⁸. Presentaba el fascismo como un movimiento activista juvenil que ensalzaba el impacto de lo nuevo, aunque poco había en su pensamiento que fuera original. Mosley se limitó a combinar los elementos del fascismo bajo una apariencia que él pensaba que sería más aceptable para el «carácter británico».

¹⁸ Citado en Walker, p. 23.